

BUDAPEST Y EL RÍO DANUBIO, VISTO DESDE EL CASTILLO REAL

UN PAÍS DE HACE MIL AÑOS

LA HERMOSA NACIÓN HÚNGARA

CUANDO, hacia la mitad del siglo pasado, los pueblos del Oeste de Europa, luchaban por alcanzar derechos y leyes que les convirtiesen en hombres libres de hecho, como lo eran de nombre, este legítimo sentimiento se extendió por los valles y montañas de Europa, siendo Hungría el sitio donde produjo más entusiasmo y adquirió mayor empuje.

El interés, que tales luchas despertaron en el mundo, era grande; prueba de ello fué el recibimiento que en Inglaterra y en los Estados Unidos hicieron a un gran patriota húngaro, en aquellos borrascosos días; raras veces se han visto dichos países tan soliviantados por la presencia de un hombre, como lo fueron por la de Luis Kossuth en aquella ocasión.

Vamos a exponer aquí el modo más agradable de efectuar un viaje a Hungría, siguiendo el itinerario que mejor se acomode al gusto de cada uno. Los marinos preferirán el viaje por mar, atravesando el Estrecho de Gibraltar, entrando en el hermoso Mediterráneo, y siguiendo a lo largo de la costa del Adriático, que por sus numerosas islas, preciosas bahías y abruptas montañas, parece un país de hadas, para llegar finalmente a Fiume, puerto el más importante de Hungría. En aquella costa, la faja de tierra, que abarca unos 224,000 kilómetros cuadrados, se estrecha de tal modo, que parece un dedo que se adelanta a tocar el agua del mar.

Los húngaros trabajan con empeño para que aquel país disponga de puertos en excelentes condiciones. Fiume está unido a la capital, Budapest, por una vía férrea que atraviesa valles y montañas y hace un largo recorrido por la orilla del lago Balatón, el de mayor longitud (80 kilómetros) de los del centro de Europa.

Los de temperamento más aventurero quizás prefieran hacer el viaje desde Hamburgo o Brema, a través de las grandes llanuras del Norte de Alemania, por Berlín y Cracovia, penetrando en Hungría por los pasos de los Cárpatos, como hicieron los hunos, hace mil años. Mirando de cerca los puntos exactos, por donde penetraron tan terribles jinetes, nos percatamos de la grandiosidad de esta cordillera, cuyos picos alcanzan en muchos sitios la altura de las nubes. Nacen los Cárpatos en el punto donde el Danubio—Duna, en húngaro—entra por el Oeste de Hungría y describe, alrededor del gran llano central, un inmenso círculo, dirigiéndose

primero hacia el Norte, luego al Este, y por último hacia el Sur y Oeste, y forma la Puerta de Hierro, uno de los pasos más famosos, donde el río abandona el país, por el Este.

EL AZUL DANUBIO

Aunque son muchas las bellezas que pueden contemplarse en los Cárpatos, es mayor el interés que se siente por admirar el azul Danubio. El corazón se ensancha al contemplar tan inmenso y bello río. He aquí el itinerario que nos llevará al termino de nuestro viaje.

Se hace éste en ferrocarril hasta Viena, yendo luego a Hungría en vapor, a lo largo del río. Sólo se emplean cuatro horas desde la capital de Austria a la de Hungría, pero no es conveniente recorrer esta distancia a gran velocidad, sino con lentitud, deslizándose por el corazón del país, siguiendo la corriente de tan poética vía fluvial, a fin de tener tiempo de recrearse con los variados paisajes que se divisan, llenos de notas de color y de vida.

Nos encontramos primeramente, al empezar el recorrido, con los atrevidos Magiares, los que, con Almos y su hijo Arpad al frente, cruzaron los Cárpatos a fines del siglo IX, se establecieron en el gran valle central y fueron gobernados durante muchos siglos por sus reyes nativos, hasta que, a mitad del siglo XVI, fué llevado a su trono un miembro de la casa de Hapsburgo, con objeto de que su poder sirviese para ayudar a Hungría, baluarte del cristianismo, en su acción contra las terribles invasiones de los turcos. En los siglos sucesivos, devastada a veces por los turcos, se rehizo y luchó con heroísmo por conservar su antigua independencia, pues los reyes que procedían de la casa de Hapsburgo, quisieron incorporarla a la corona de Austria.

ESTADOS IGUALES

Casi a mediados del siglo XIX, estas luchas terminaron felizmente, y hoy Austria y Hungría se hallan la una al lado de la otra, como dos Estados iguales, siendo el gobierno de cada una distinto del otro. Tienen un soberano común, de la casa de Hapsburgo, el cual es, al propio tiempo, rey de Hungría y emperador de Austria. Su ejército, su marina y sus embajadores en las demás naciones son también comunes, así como sus convenios aduaneros.

El vapor que conduce a Hungría sale rápidamente de Austria y llega a la puerta Carpática, punto donde los Alpes y los Cárpatos se miran de frente. Cada uno de los castillos que se encuentran en las cimas de los montes, cada una de las ciudades antiguas, cada una de las torres, ante la cuales se pasa, tienen su historia de batallas gloriosas, libradas por los nobles patriotas húngaros; y así se llega a Pozsony, cuyo nombre alemán es Presburg, ciudad importante de Hungría. En ella es necesario detenerse un día para contemplar las vistas que se dominan desde los muros del derruído castillo, desde donde se alcanza a ver hasta Viena. El mencionado castillo, destruído no hace mucho por las llamas, fué en otros tiempos teatro de una grandiosa escena. En el siglo XVIII, hizo en él su famoso llamamiento a la nobleza húngara la emperatriz María Teresa de Austria, llevando en brazos a su hijo; y aun parece resonar como un eco, entre sus desnudas bóvedas, el grito con que respondieron valientemente aquellos bravos, desenvainando sus espadas:—«Nuestras vidas y nuestra sangre—dijeron—pertenecen a nuestro señor y rey, a la corona y a la nación».

Son dignas de visitarse algunas de sus notables iglesias, y sobre todo, la catedral, donde fueron coronados la mayoría de los reyes de la casa de Hapsburgo.

Al emprender de nuevo la marcha, se llega prontamente a Gran, que se enorgullece de tener la más grande de las catedrales de Hungría, y que encierra obras de arte de incalculable valor. Es la sede del Primado, o principal Obispo. En la citada catedral fué bautizado y coronado S. Esteban, que nació, según se afirma, en dicha ciudad.



Mujeres húngaras triturando maíz en un sencillo molino de mano.



Maíz colgado del techo de una casa.



Interior de una casa montañesa.



Campesinos de Suabia en la principal habitación de la casa.

AMOR DE LOS HÚNGAROS AL REY SAN ESTEBAN

No es fácil formarse idea, ni siguiera aproximada, del profundo amor y admiración que tienen los húngaros a San Esteban, el rey que vivió mil años atrás, nieto de un nieto de Arpad, jefe de los Magiares que, atravesando los Cárpatos, se establecieron en los llanos de Hungría. La obra principal de San Esteban fué la de convertir el cristianismo en religión oficial de su nueva patria. Con ella civilizó el estado que gobernaba y fué extirpando poco a poco el instinto salvaje de aquellos bravos, que tan arraigado se hallaba en sus antepasados, entre quienes el robo y el saqueo eran cosas corrientes; y así llegaron los húngaros, en unión de otras razas que se establecieron en sus límites, a ocupar un puesto digno en el número de las naciones europeas.

Un poco más allá de Gran, tuerce bruscamente el Danubio hacia el Sur y en esta dirección corre hasta llegar al corazón y capital del reino, Budapest. Si a ella se llega al caer de la tarde, se percibe desde muy lejos el resplandor de millares de luces, que, al acercarse más, ve reflejarse en las aguas. Son las luces que alumbran las orillas y puentes, las cuales arrancan gritos de admiración al viajero que por primera vez llega a tan deliciosa región, pues se cree transportado a un país de hadas. Sólo se convence el viajero de que no hay tal cosa cuando ve destacarse los edificios que tanto ansía ver y admirar.

Si deslumbrador es el espectáculo que presenta Budapest durante las primeras horas de la noche, no lo es menos el que ofrece al amanecer, hora en que pueden verse cubiertas de iglesias suntuosas, casas y notables dificios públicos, las dos orillas del río, en una extensión de algunos kilómetros, y que se hallan unidas por una serie de puentes grandiosos.

Semejante espectáculo, en extremo deslumbrador, hace vacilar al viajero, que no sabe hacia donde dirigir sus primeros pasos. Si sube las pendientes de las montañas de San Gellert, último pico de los Alpes, se encuentra con la venerable figura del santo misionero, levantando su cruz al aire. San Gellert murió poco después que San Esteban, como él también en las luchas entre húngaros y herejes.

LA MANO DE UN REY Y UNA CORONA ENTERRADA

¡Hermoso panorama! En medio del cuadro descrito se desliza el Danubio con sus aguas bañadas de sol y surcadas en todas direcciones por infinidad de vapores, lanchas, botes y embarcaciones de todas clases, y con sus orillas, en declive la derecha, y llana la izquierda, ocupadas por miles de hoteles, algunos muy lujosos.

No muy lejos se halla el palacio real, residencia del rey cuando visita la capital, edificio muy hermoso, con salas espléndidas, grandes estancias y artísticos patios.

En resumen, todo el suelo de Hungría, por el cual se luchó con fiereza durante siglos en la colina de Buda, se halla hoy admirablemente poblado, y constituye, sin duda, uno de los países más sorprendentes de Europa.

En la capilla real del palacio se venera, como preciada reliquia de la nación, la mano derecha momificada de San Esteban, la cual es paseada procesionalmente y exhibida al público en la festividad del santo; y en una de las cámaras del mismo palacio, se conservan varios tesoros históricos, de considerable valor, como la corona sagrada, cuya parte inferior fué regalada a San Esteban por el papa Silvestre II, en el año 1000, en unión de otros objetos, emblemas de realeza.

No obstante haber sido siempre conservada y guardada con gran cuidado, corrió dicha joya diversas vicisitudes. Luis Kossuth la tuvo enterrada durante cuatro años, como medida de precaución, cerca de la Puerta de Hierro, punto donde el Danubio sale de Hungría.

LUCHAS POR LA LIBERTAD

El Parlamento húngaro se halla en la orilla izquierda, destacándose entre los otros edificios por su cúpula gran-

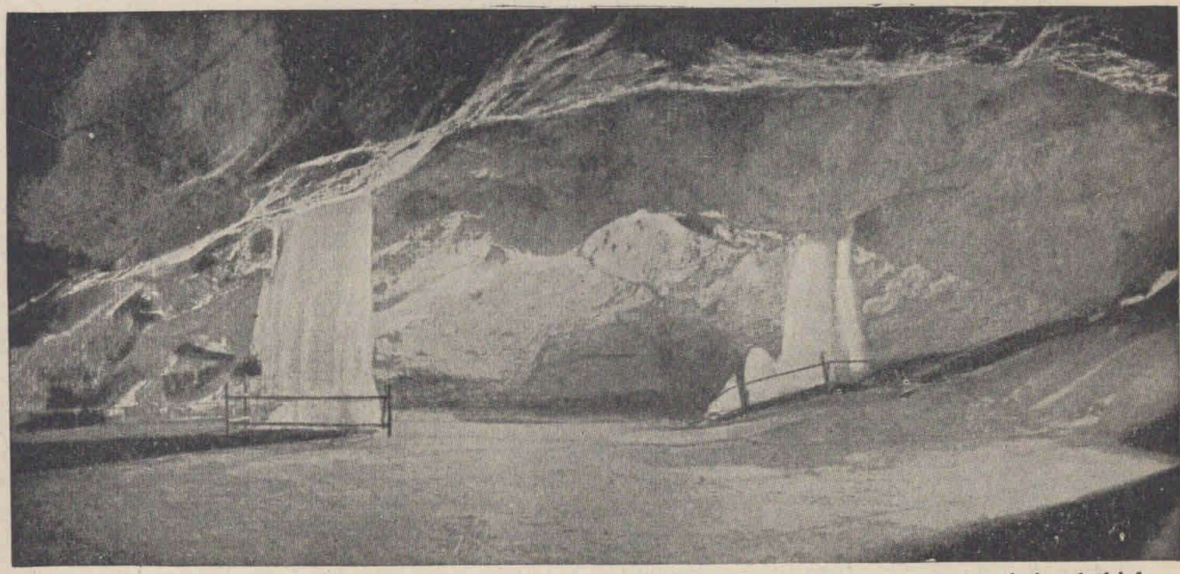
LAS MONTAÑAS Y EL PUERTO DE HUNGRÍA



Fiume, puerto húngaro en el Adriático.



Aldea húngara, y en el fondo los montes Cárpatos.



Maravillosa gruta de hielo, en Dobsina, cuyo suelo se halla formado por unas 100,000 toneladas de hielo.

diosa y sus numerosas torres, desde las que se domina el Danubio. En el Parlamento se reunen los miembros elegidos por el pueblo para hacer y reformar sus leyes, fijar presupuestos y discutir los asuntos de gobierno. La constitución húngara es muy antigua; y, para conservarla, han sido necesarias largas y encarnizadas luchas.

Un excelente servicio de automóviles eléctricos, tranvías y coches, permite visitar detenidamente la capital y recorrer su hermoso parque, el Museo Nacional, el Teatro de la Ópera, la catedral de San Esteban, la iglesia de la coronación de San Matías, y la isla Margarita, con sus deliciosos jardines y bellos planteles de rosas, saltos de agua y artísticas ruinas.

Gran interés despiertan los monumentos y estatuas que se encuentran por la ciudad, pues recuerdan a los nobles húngaros que lucharon por hacer grande a su patria. Sus nombres son muy difíciles de pronunciar y más aún de recordar, como la mayoría de las palabras húngaras.

ESTATUAS DE HÉROES Y REYES

Merece el honor de ser designada en primer término la estatua de bronce de San Esteban, emplazada en las inmediaciones de la iglesia de la Coronación. La figura estatuaria ostenta en sus manos la doble cruz que reproduce la forma de la que el propio San Esteban llevó ante el Papa. No muy lejos se encuentra la del valiente Juan Hunyadi, vencedor de los turcos, y hombre que hizo esfuerzos prodigiosos en pro de una causa sin esperanzas. El emplazamiento de la estatua es una reducción del palacio que fué de su propiedad, situado a orillas del lago del Parque de la ciudad y destinado actualmente a Museo.

También llama la atención la estatua del rey Matías, quien en el siglo XV, sostenía una espléndida corte en Buda, y que llegó a adquirir gran renombre por su criterio imparcial y justiciero.—« ¡El rey Matías ha muerto! ¡La justicia ha desaparecido! »—fué la exclamación unánime que lanzó su pueblo al enterarse de su muerte.

El rey Matías poseía una soberbia Biblioteca, formada por miles de volúmenes de gran valor. Corvina se llamó el local donde se hallaba, el cual fué posteriormente arrasado por los turcos, quienes se llevaron los famosos manuscritos, algunos de los cuales pudieron recobrarse en época posterior, devolviéndolos el sultán de Turquía. Estos manuscritos de la Corvina se hallan depositados hoy día en el Museo Nacional. El recuerdo de estos hechos hacen pensar con dolor en lo sufrido por Hungría durante los 150 años que la Media Luna ondeó en la fortaleza de Buda, hallándose arrasados por completo todos los terrenos de su alrededor.

Los escultores húngaros no han echado en olvido a sus grandes poetas, entre ellos, Petöfi y Arany. El primero despertó el alma del pueblo durante el último siglo, en la época en que se vislumbraba un brillante porvenir para la nación húngara. Murió combatiendo por la libertad. Arany cantó espléndidamente antiguas leyendas de los hunos y de luchas entre cristianos y turcos.

En el cementerio aparece siempre cubierta de flores la tumba del gran Luis Kossuth. Sus estatuas abundan en toda Hungría, lo mismo que las del conde Széchenyi, patriota que en diferentes conceptos hizo muchísimo bien a su patria.

Francisco Deák, que ultimó, en 1867, las negociaciones de paz entre Austria y Hungría, tiene, como muchos otros, cuyos servicios no puede olvidar su patria, estatuas repartidas por calles y plazas en todo el reino. Vense también lápidas conmemorativas en honor de determinadas personas o colectividades: así, por ejemplo, señalaremos las de « Honvéd » y otras dedicadas a la valiente guardia Nacional, que tan beneficiosos servicios prestó a mediados del pasado siglo y durante las últimas guerras por la independencia.

LA VIDA DEL PUEBLO

También hay en diversos sitios monu-

TIPOS HÚNGAROS



Pastor húngaro, en su típico y extraño traje.



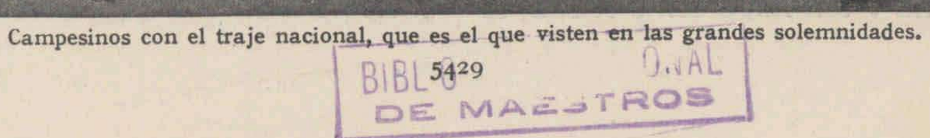
Muchachas campesinas de región montañosa.



Muchachas de los llanos, en traje de fiesta.



Campesinos con el traje nacional, que es el que visten en las grandes solemnidades.



mentos conmemorativos del Milenario, o milésimo aniversario de la fundación de la nación húngara. En 1896, celebráronse grandes festivales, no sólo para conmemorar la entrada a través de los Cárpatos, hace mil años, y haberse transmitido y conservado hasta hoy constitución, leyes y forma de gobierno, sino también en honor del pueblo, que, gracias al mantenimiento de la paz, ha alcanzado brillante educación y progreso.

Budapest se deja con pena, si se ha permanecido poco tiempo en ella, por ser muchísimo lo bueno que en la misma es digno de ser admirado, tanto en la ciudad como en los alrededores; pero, con el consuelo de que aun queda mucho por ver en el resto del país, puede aceptarse el descanso en el vapor, mientras continúa éste su recorrido a lo largo del río, que cruza las grandes llanuras características de Hungría. Extiéndense estas llanuras a distancia grande, hasta perderse en el horizonte, y cuando el viajero avanza hacia el mediodía, queda sorprendido por la gran variedad e interés que ofrecen las costumbres y los trajes del pueblo. Los grandes campos húngaros nos recuerdan que su trigo es excelente, y los canales y pantanos nos demuestran la gran habilidad de los húngaros para conducir y regular las aguas del Danubio en valles de extensión considerable.

En Mohács se ven infinidad de mujeres que lavan sus ropas en el río y otras que acuden a llenar de agua los jarros que llevan colgados de los hombros.

El campo de Mohács aun produce cierto terror a sus habitantes, pues allí murieron el rey, los nobles y casi todos los que les siguieron, en titánica lucha sostenida con los turcos, que avanzaban victoriosos hacia Buda. Siglo y medio después se libró en Zenta la batalla definitiva, que puso fin para siempre al odioso dominio de Turquía.

EN LA «LLAVE» DEL DANUBIO

A fin de reducir las curvas del río, y para regar el terreno comprendido entre el Danubio y el Theiss, río memorable de Hungría y tan largo como el Rin, se han hecho infinidad de canales, cuya vista y recorrido despiertan gran interés. Las aguas del Theiss riegan el llano corriendo hacia el Norte, y se unen al Danubio cuando el río gira al Este. El Drave y el Save, que proceden del Oeste, se unen también al Theiss, cediéndole sus aguas, descendidas de los helados Alpes. El Save afluye al Danubio en Belgrado, capital de Servia, y población de aspecto muy simpático. Allí se ven infinidad de aldeanos que cruzan el llano central en busca de mercados para sus barcas llenas de legumbres y frutas, y vapores y otras clases de embarcaciones, cargados de mercancías, que navegan a lo largo de esta importante vía fluvial. Todo está ahora tranquilo y pacífico; pero, a pesar de ello, acude a la mente el recuerdo de las veces que esta « llave » del Danubio ha sido violentada, y de las horribles luchas libradas a su alrededor, en las colinas y llanuras que aun conservan ruinas y vestigios de las vetustas fortificaciones.

LA PUERTA DE HIERRO

Avanzando más en la misma dirección del río, se observa que éste se ensancha mucho, a causa de la poca profundidad de su lecho, y presenta el aspecto de un gran lago, volviendo después a estrecharse para poder pasar entre las abruptas rocas, cuya presencia inspira temor a los viajeros, pues parece han de chocar con ellas los buques.

Al llegar al paso del Kazan, producen honda impresión sus dos cortadas, casi verticales, que se reflejan en el obscuro río, agua abajo del paso, y las rocas formando islotes, con sus cascadas, en las que se observan frecuentes arco iris, al descomponerse en ellas los rayos del sol. Al dejar el paso, se llega a Orsova, ciudad de la frontera húngara, cerca de la cual enterró Kossuth su corona en la época azarosa de guerras con los turcos; y más abajo de Orsova, se halla la célebre Puerta de Hierro y el canal, a cuyo largo navegan los buques dejando tras de sí espesas nubes de negro humo. Desde el canal se per-

cibe el ruido que produce el agua al atravesar la puerta.

En Hungría se conservan muchos vestigios de la época romana; pero ninguno tan importante como los restos de las carreteras que hicieron los romanos en esta parte del Danubio. Hungría acometió la gran obra de hacer navegable este paso del río, sin peligro para los buques. Tardó ocho años en realizarla, y fué abierto al tráfico comercial de Europa en la fecha del milenario.

«Muy agradable es permanecer algún tiempo en Erdèly», país-bosque, llamado Transilvania, en nuestros mapas, y al que, por su belleza, se denomina la «Suiza Húngara». En este país-bosque disfrutan considerablemente los aficionados a los bosques de pinos, cuevas y ciudades antiguas. En esta región nació el célebre rey Matías.

LA GENTE DEL LLANO

Para terminar el viaje, quedan aún por recorrer las grandes llanuras, por las que de un sitio a otro se puede ir, ya sea en tren, o por carreteras bordeadas de árboles, ríos y bosques, atravesando ciudades, aldeas y fincas de recreo, hasta llegar a Debreczin, la capital del bajo país, que es una hermosa ciudad de 100,000 habitantes, en la que no se cansa uno de mirar los típicos trajes de sus habitantes, o de contemplar los miles de objetos que pueden adquirirse en sus establecimientos.

La cariñosa hospitalidad de aquellas gentes deja recuerdo gratísimo en los visitantes. Todo parece adaptarse a la belleza del país, en aquella considerable extensión de terreno llano dividido en preciosas fincas. Haciendo excursiones por el país, el viajero se familiariza pronto con sus habitantes y recrea la vista admirando paisajes y los típicos trajes de los campesinos. Delicioso es el aspecto de sus ganados, con los pastores cubiertos de pieles y sus caballos veloces como el viento. Estos pastores son los últimos descendientes de los primeros Magiares que se establecieron en Hungría; no conocen el miedo, y montados en yeguas, conducen por las llanuras considerables rebaños de búfalos y terneros negros, cuyos ascendientes acompañaron a los Magiares en su incursión en Hungría.

ENCANTADORA VIDA EN UN PAÍS MILENARIO

Continuando el recorrido, se percibe la disminución de las llanuras de césped, y poco a poco disminuye el tintineo de las esquilas del ganado y los chasquidos del látigo de los pastores, pero aun quedan gratos vestigios de aquella vida primitiva. El humo de la chimenea de alguna que otra fábrica nubla el aire transparente y diáfano, perfumado por las hierbas y florecillas silvestres. Los habitantes conservan aún la virtud de la hospitalidad y el amor a la naturaleza. Durante la noche, es una delicia entretener la velada oyendo referir las leyendas y poemas del país, lo mismo que escuchar la músicas bohemias con que se acompañan los bailes en las horas del descanso de sus rudas faenas campestres.

No se abandona a Hungría sin echar una última mirada a los Cárpatos, al cruzar, primero, algunos viñedos cultivados en los declives de colinas no muy elevadas, y después, otras regiones, donde el humo de muchas chimeneas nos denuncia la existencia de pueblos mineros con sus puertas y túneles que conducen a los grandes yacimientos de minerales ocultos en las entrañas de la tierra.

CUEVAS, MONTAÑAS, BOSQUES Y LAGOS

Necesario es desviarse del itinerario seguido por el río, para visitar la maravillosa cueva de hielo, de Dobsina, en la que se puede patinar aun en las épocas más cálidas, sobre una gran superficie de hielo, lisa como un espejo, rodeada de muros y techos de asombrosa belleza.

También es maravillosa la gruta de estalactitas, para cuya visita son necesarias seis horas, a fin de poder apreciar su suelo, bóvedas, columnas y arcos, con finísimos dibujos labrados en la piedra, representando encajes de forma sumamente artística.

Llegados, por fin, al distrito de la

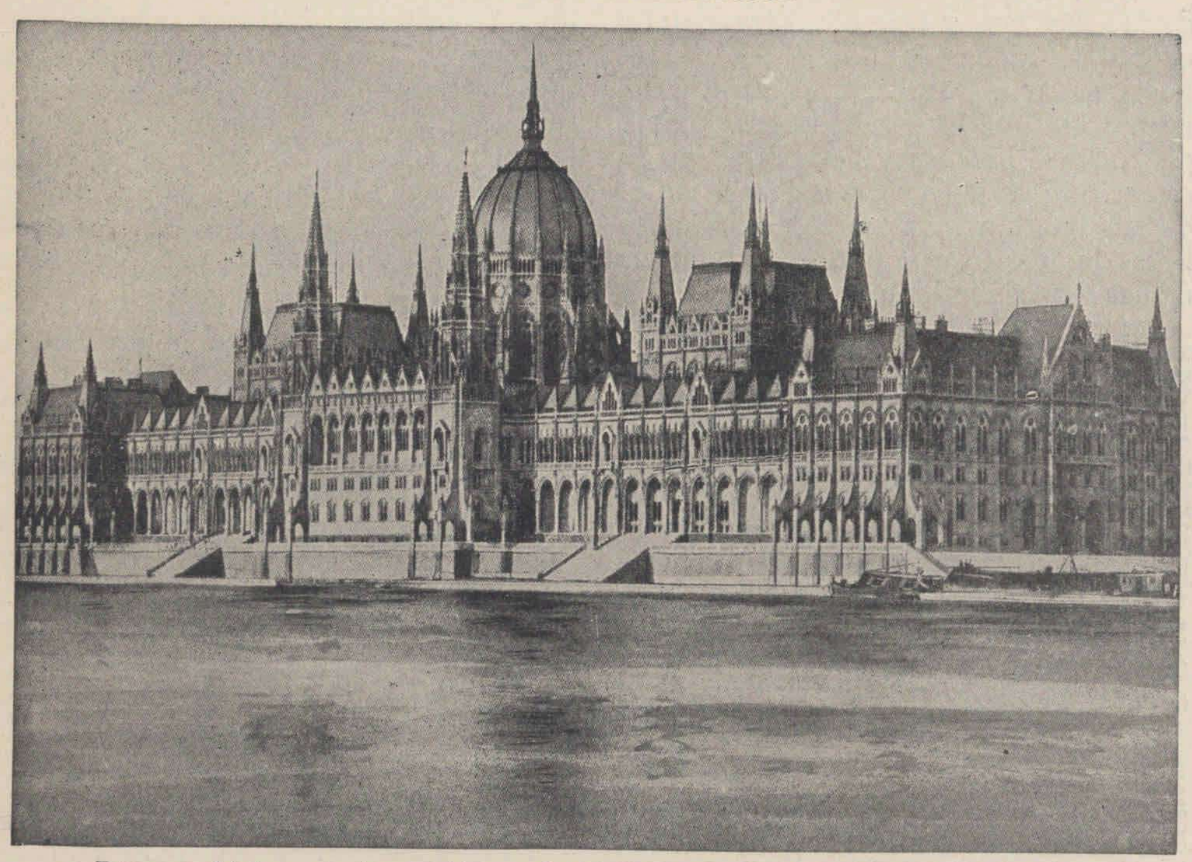
alta Tatra, nótase su gran semejanza con Suiza, a pesar de no existir aquí montañas cubiertas de hielo, sin duda por no ser suficiente altas para ello. Se sube a la alta Tatra en ferro-carril de cremallera, y desde allí, y en todas direcciones, pueden admirarse hermosas vistas, dirigiendo la mirada por encima de valles y colinas, de bosques y de los «ojos del mar», nombre con que son conocidos los pequeños pantanos que se forman en las montañas.

Álzanse allí preciosos hoteles y gran número de sanatorios, a los cuales acuden enfermos de toda Europa, para restablecer su salud, haciendo uso de las aguas minerales, y llenando sus pulmones de aire puro. Uno de sus mayores alicientes es el lago Csorba. Los *sports* que se practican en invierno son: patines, skis y toboganes, en pleno sol, y bajo un cielo azul y sin nubes.

Desde la Tatra a Budapest, sólo media un corto trayecto en ferrocarril. De regreso a esta última ciudad, puede darse un nuevo vistazo a los museos, a sus ruinas y a los recuerdos prehistóricos y romanos que en ella se conservan; decir adiós a San Gellert, San Esteban, Juan Hunyadi, Széchenyi, el más patriota de todos los húngaros, y encaminarse al lago Balaton, para pasar en él los últimos días de estancia en Hungría. Este lago es el mayor de los que existen en el interior de Europa. En deliciosa conversación con los habitantes del país, contemplamos los colores verde y azul que alternan en sus aguas siempre tranquilas; las luces de las colinas opuestas, los juegos de los niños en las orillas arenosas, las preciosas puestas de sol y la plateada luz de la luna.

La Guerra Mundial dejó a Hungría en pésimas condiciones; mucha sangre y dinero fué perdido, quedando rotos los lazos que la unían a Austria. Las tentativas del pueblo para establecer gobiernos le han proporcionado muchos desórdenes; además otras naciones han despojado al país de territorios.

EL PARLAMENTO DE HUNGRÍA



Este se acabó de construir para celebrar el milésimo aniversario de la fundación de Hungría.